

LA CRISIS DE 1965

EDUARDO LATORRE

Reseña del libro de Piero Gleijeses, **The Dominican Crisis: The 1965 Constitutionalist Revolt and American Intervention** (Baltimore: The John Hopkins University Press, 1978), 460 páginas, traducido al inglés por Lawrence Lipson, publicado originalmente en francés, **La Crise Dominicaine, 1965** (Milan: Thesis No. 240, University Institute of Advances International Studies, University of Geneva, 1973).

A casi tres lustros de los eventos de 1965, la perspectiva se amplía al aminorarse las pasiones, al quedar documentados y difundidos los datos, al publicarse las diferentes interpretaciones de los hechos, y al tener la ventaja de conocer lo sucedido en los años subsiguientes. Abril de 1965 sigue siendo y será por largos años una fecha fascinante en la mente de los dominicanos, por el gran drama vivido por un pueblo en búsqueda de su definición y mejoría y la terrible distorsión del curso de la historia por la presencia de fuerzas superiores ajenas a sí.

El libro de Piero Gleijeses, **The Dominican Crisis**, es decir, La Crisis Dominicana, es sin dudas uno de los mejores de los 28 que se han publicado sobre el período.¹ Sin dudas también, es el más completo en los detalles del papel desempeñado por los diferentes grupos de dominicanos, complementando

así otros libros, entre los cuales se destaca el de Abraham Lowenthal, **The Dominican Intervention**² que se concretaron en el papel desempeñado por los norteamericanos.

Presentado originalmente como tesis doctoral en la Universidad de Génova, Italia, tiene todo el rigor de un trabajo científico serio, haciendo gala de una gran riqueza documental. Más aun, el hoy profesor de la Universidad de John Hopkins, Estados Unidos, no se conformó con el extenso material bibliográfico existente, sino que escarbó profundamente para sacar a relucir documentos privados o de escasa circulación y también logró obtener testimonios personales de los participantes para darle mayor riqueza a su obra. El nivel de erudición es verdaderamente digno de elogio.

En términos de contenido, el libro ofrece de nuevo una gran visión sobre el papel desempeñado por los grupos de extrema izquierda,³ poniendo de manifiesto su sorpresa por los eventos del 24 de abril y su debilidad durante el desarrollo de los acontecimientos. En vez de 53 superhombres preparados en acecho para tomar el poder, como los organismos norteamericanos le hicieron creer, al inicio, a su pueblo y al mundo, el cuadro que nos presenta Gleijeses es de divisiones internas dentro de grupúsculos separados por grandes brechas entre sí.

El Comité Central del Movimiento Popular Dominicano, al principio, decidió que el Partido no participara, pues la revuelta era “una trampa imperialista” (p. 211). El Partido Socialista Popular tenía un comando en el área de San Lázaro, cierto es bien armado y con disciplina, pero “sólo tenía entre 50 y 60 hombres; más aun, pocos Pecepeístas tenían entrenamiento militar” (p. 269). Dividido entre los “duros” y los “flojos”, el Movimiento Revolucionario 14 de Junio en vez de buscar unidad en la crisis, se desintegró, dejando de ser sus líderes catorcistas para convertirse en “caudillos independientes” (p. 270).

El profesor Gleijeses afirma categóricamente que la vida política de Ciudad Nueva la dominaba el Partido Revolucionario Dominicano. Mantenía el liderazgo en las negociaciones con los Estados Unidos y en aquellas pocas ocasiones en que el Movimiento Constitucionalista tomaba un voto decisivo, “el PRD, controlando el Gabinete, el Senado y la Cámara de Diputados, tenía mayoría absoluta”. Si había alguna duda respecto al carácter social democrático de la Revolución de abril, este libro la destierra por completo.

Hay revelaciones interesantes, como por ejemplo la odisea de los Cadetes de la Escuela Militar Batalla de las Carreras, quienes se decidieron a favor de los Constitucionalistas, tomaron la fortaleza de San Pedro de Macorís, hicieron un arco cruzando por Samaná y pasando por la parte central de la isla para terminar en la capital y caer presos en la calle César Nicolás Penson (págs. 234–236), pero

en general los eventos nacionales ya eran conocidos. No obstante, este libro ofrece un resumen completo de los acontecimientos, de suma conveniencia para los lectores menos conocedores de la bibliografía ya existente.

De los puntos débiles, el principal es la facilidad con que el autor pasa juicios muy severos sobre las diferentes personas. Los adjetivos de traidor, ambicioso, corrupto, oportunista y otros, son usados con demasiada frecuencia, tanto para los de un bando como los del otro, restándole mérito a lo que es un excelente trabajo. Quizás el profesor Glejeses no llegó a comprender el comportamiento humano en países donde la vida política tiene poco desarrollo institucional, lo que la hace muy primitiva.

Me da la impresión de que esa limitación es cierta por el papel limitado que él le atribuye a los claques militares, pensando quizás que había mayor institucionalización en las fuerzas armadas de entonces de lo que era realidad y, obviamente, se le hace difícil entender, por ejemplo, por qué el Triunvirato, de hecho, se quedó solo, recurriendo a evaluaciones de roles de personas en vez de grupos primarios para dar explicaciones muy interesantes.

Así como el libro del ex—embajador norteamericano John Bartlow Martin, **Overtaken by Events**,⁴ traducido al castellano como **El Destino Dominicano**, ofrece una visión muy simplista de los grupos de la extrema izquierda, los “Castro—comunistas” como él los llama sin diferenciar. Glejeses hace lo mismo con lo que denomina “gente de primera”, también sin diferenciar entre grupos, sectores e intereses, muchas veces con posiciones poco definidas y hasta contradictorias. En ambos casos, hay inmensidad de detalles, pero parece que prefirieron no dedicarse a las áreas que les fueran de menos agrado. Una contribución marginal a los eventos, pero de sumo valor histórico, es el Apéndice II del libro, en que se hace una historia de los grupos de extrema izquierda desde sus orígenes hasta 1962.

Lo que empezó como un contra—golpe militar para restaurar la Constitución de 1963, moderadamente progresista, para restaurar la institucionalidad quebrada y darle validez al voto de la mayoría, y para restaurar al poder el gobierno liberal del Partido Revolucionario Dominicano, fue interrumpido por una política exterior norteamericana de visión muy estrecha, radicalizando a los moderados y retornando al país al Trujillismo y la represión. La ceguera del anti—comunismo, la posibilidad de otra Cuba en el Mar Caribe, los llevó al extremo de sentirse seguros sólo con el servilismo, negando posibilidades intermedias, y más que nada, negando el derecho de los pueblos a la autodeterminación.

Los tiempos cambian, la revolución cubana ya tiene veinte años y es irreversible. El papel de gendarme internacional desempeñado por los Estados

Unidos sufrió una derrota rotunda en Vietnam, moderando su política exterior. La intervención norteamericana de 1965, refrendada por la Organización de Estados Americanos, fue tan mal ejemplo, que quizás contribuyó a que no se repitiera la historia en Nicaragua de 1979. El PRD conquistó nuevamente el gobierno mediante las urnas en mayo de 1978, recibiendo un respaldo masivo cuando se quiso arrebatarle una vez más su victoria y el derecho a completar su papel interrumpido en septiembre de 1963. Ya veremos qué viene después.